

ANTOLOGÍAS

A

**NARCISO
IBÁÑEZ
SERRADOR**

presenta

Los mejores relatos de
CIENCIA FICCIÓN

selección de

GROFF CONKLIN



Narciso Ibáñez Serrador presenta a: George Summer Albee, Poul Anderson, J. F. Bone, Ray Bradbury, Fredric Brown, Algis Budrys, Bertram Chandler, Arthur C. Clarke, G. C. Edmondson, Richard Gehman, Wyman Guin, Zenna Henderson, Damon Knight, J. T. McIntosh, Lion Miller, William Morrison, Alan Nelson, William T. Powers, Robert Sheckley, Cordwainer Smith, William W. Stuart, Theodore Sturgeon, John Wyndham, Robert F. Young, en una selección de Groff Conklin.

CONTENIDO

PRÓLOGO DE NARCISO IBÁÑEZ SERRADOR

El cohete, *Ray Bradbury*

I. PARTE

Trece maestros

INTRODUCCIÓN DE GROFF CONKLIN

La guerra ha terminado, *Algis Budrys*

La luz, *Poul Anderson*

Circuito compasivo, *John Wyndham*

Volpla, *Wyman Guin*

Silencio, por favor, *Arthur C. Clarke*

Alegoría, *William T. Powers*

Un romance sentimental, *Alan Nelson*

El intermediario, *William Morrison*

Recesión tecnológica, *G. C. Edmondson*

Los análogos, *Damon Knight*

Datos disponibles acerca de la reacción Worp, *Lion Miller*

Los poderes de Xanadu, *Theodore Sturgeon*

La máquina, *Richard Gehman*

II. PARTE

Doce clásicos

INTRODUCCIÓN DE GROFF CONKLIN

Pleito resuelto, *Algis Budrys*

Un regalo de la Tierra, *Fredric Brown*

Cosas, *Zenna Henderson*

La cima, *George Sumner Albee*
Mensajero del futuro, *Poul Anderson*
Aflicciones del Hombre Humano, *Robert Sheckley*
En el Cuarto Planeta, *J. F. Bone*
La balada de la infeliz G'mell, *Cordwainer Smith*
Treinta días tenía setiembre, *Robert F. Young*
La jaula, *A. Bertram Chandler*
El amante estelar, *William W. Stuart*
Inmortalidad limitada, *J. T. McIntosh*

PRÓLOGO

La Tierra ha sufrido una invasión, una conquista. No se trata de humanoides marcianos provistos de cinco ojos, ni de insectos venusianos superdesarrollados, no. Se trata de la conquista lograda por un nuevo género literario: Ciencia-Ficción o Fantasía Científica, como quizá sea más exacto denominarlo.

Desde luego, hay muchos críticos que, por no conocerlo a fondo, lo clasifican como «refrito moderno de los mismos temas en que se basan los relatos del Oeste y las novelas policíacas»; afirman que el monstruo extraterrestre que rapta a la muchacha es sólo un nuevo disfraz del eterno traidor al que tantas veces hemos conocido como asesino sádico recorriendo las cloacas de Londres, o como pistolero sin escrúpulos que siembra terror y muerte en un pacífico pueblo norteamericano. En resumen, aseguran que la Ciencia-Ficción es sólo un nuevo género literario muy popular y, por lo tanto, carente de calidad. Un nuevo género popular, sí, de acuerdo, pero falto de valor o de calidad, no.

Para defenderlo de quienes lo atacan o para presentarlo a aquellos que lo desconocen, es interesante señalar que se trata de un género nacido a la sombra del progreso, ese progreso de cohetes y satélites, de aviones supersónicos y helicópteros increíbles que nos obliga cada vez más a mirar al cielo. Y ahí radica la diferencia y el mérito de la Ciencia-Ficción: hacernos mirar al cielo, darnos un cauce donde liberar nuestra imaginación, nuestra fantasía. Y, ¡qué curioso!, son precisamente los científicos, los hombres que a través

de fórmulas y cifras hacen culto de la exactitud y de los hechos concretos, los que hoy día nos toman de la mano y nos dicen: «Todo lo que imaginen, todo lo que sueñen, por absurdo que sea, es probable que el futuro lo convierta en realidad. Por eso, den rienda suelta a su fantasía, imaginen extrañas naves interplanetarias, imaginen visitas a las más apartadas galaxias, emborráchense de estrellas..., porque es posible que algún día las alcancemos...»

Esa es la Ciencia-Ficción, esa es la diferencia; una literatura popular, sí, pero que ha logrado lo que ningún otro género literario consiguió: hacer que muchos de sus autores, como Heinlein, Bradbury o Lovecraft, de tanto mirar al cielo buscando allí argumentos para sus libros, dejaran de ser novelistas para convertirse en poetas.

La intención de este libro es darles a conocer algunos de los mejores autores del género. Sus historias puede que hoy resulten absurdas, fantásticas, pero mañana... sí, recuerden que mañana... pueden ser verdad.

EL COHETE

Ray Bradbury

Muchas noches, Fiorello Bodoni se despertaba para oír los cohetes que pasaban suspirando por el cielo oscuro.

Mientras su buena esposa estaba soñando, se levantaba y salía de puntillas al aire de la noche. Durante unos momentos no sentiría el olor a comida vieja de la casita junto al río. Después de permanecer un rato en silencio, dejaría que su corazón volase hacia el espacio, siguiendo a los cohetes.

Ahora, esta noche, estaba medio desnudo en la oscuridad, observando los surtidores de fuego que murmuraban en el aire. ¡Los cohetes en sus largos y veloces viajes a Marte, a Saturno, a Venus!

—Bien, bien, Bodoni.

Bodoni se sobresaltó.

Sobre un cajón, junto al río silencioso, estaba sentado un anciano que también contemplaba los cohetes en la medianoche tranquila.

—¡Oh, eres tú, Bramante!

—¿Sales todas las noches, Bodoni?

—Sólo a tomar aire.

—¿Sí? Yo prefiero mirar los cohetes —dijo el viejo Bramante—. Yo era casi un niño cuando empezaron a volar. Hace ochenta años. Y todavía no he estado en ninguno.

—Yo haré un viaje uno de estos días —dijo Bodoni.

—No seas tonto —dijo Bramante—. Nunca lo harás. Este mundo es para los ricos. —Sacudió la cabeza gris, recordando—. Cuando yo era joven, alguien escribió un anuncio con letras de fuego: «¡EL MUNDO DEL FUTURO. Ciencia, Confort y Novedades para todos!». ¡Bah! Ochenta años. El

futuro ha llegado. ¿Volamos en cohetes? No. Vivimos en casuchas como nuestros padres.

—Acaso mis hijos... —dijo Bodoni.

—¡No, ni los hijos de tus hijos! —gritó el anciano—. ¡Solo los ricos tienen sueños y cohetes!

Bodoni vaciló.

—Bramante, tengo ahorrados tres mil dólares. Me costó seis años reunirlos. Los destinaba a mi taller, para invertirlos en maquinaria. Pero, desde hace un mes, todas las noches me despierto en la cama y oigo los cohetes. Pienso en ellos. Y esta noche me he decidido. ¡Uno de nosotros irá a Marte!

Los ojos de Bodoni eran brillantes y oscuros.

—Idiota —estalló Bramante—. ¿A quién elegirás? ¿Quién irá? Si vas tú, tu mujer te aborrecerá, porque en el espacio habrás estado un poco más cerca de Dios. Cada vez que le cuentes tu asombroso viaje, ¿no se sentirá roída por la amargura?

—No, no.

—¡Sí! ¿Y tus hijos? ¿No se pasarán la vida pensando en su padre, que voló hasta Marte mientras ellos se quedaban aquí? ¡Qué obsesión insensata impondrás a tus hijos! Pensarán en el cohete toda su vida. No dormirán por la noche. Enfermarán de deseo. Lo mismo que tú ahora. Desearán la muerte si no pueden conseguir ese viaje. No les despiertes ese sueño, te lo aconsejo. Déjalos vivir contentos en su pobreza. Haz que miren sus manos y a tu chatarra, no hacia las estrellas.

—Pero...

—Supón que vaya tu mujer. ¿Cómo te sentirás sabiendo que ella ha visto y tú no? No podrás ni mirarla. Desearás arrojarla al río. No, Bodoni, cómprate una nueva excavadora, la necesitas, y aparta esos sueños, hazlos pedazos.

El anciano se calmó, con los ojos clavados en el río, en el cual se ahogaban imágenes de cohetes cayendo en llamas desde el cielo.

—Buenas noches —dijo Bodoni.
—Que duermas bien —dijo el otro.

Cuando la tostada saltó de su caja de plata, Bodoni casi dio un grito. No había dormido en toda la noche dando vueltas y vueltas. Entre sus nerviosos niños, al lado de su voluminosa mujer, Bodoni había reflexionado. Bramante tenía razón. Era mejor invertir el dinero. ¿Para qué guardarlo si sólo un miembro de la familia podría viajar en el cohete? Los otros se sentirían sumidos en el desengaño.

—Fiorello, come tu tostada —dijo María, su mujer.
—Tengo la garganta irritada —dijo Bodoni.

Los niños entraron corriendo. Los tres varones luchaban por la posesión de un cohete de juguete; las dos niñas traían unas muñecas que representaban a los habitantes de Marte, Venus y Neptuno: maniqués verdes con tres ojos amarillos y manos de seis dedos.

—¡Yo vi el cohete de Venus! —gritó Paolo.
—Despegó haciendo siiiii... —silbó Antonello.
—¡Niños! —gritó Bodoni, tapándose los oídos.
Los niños le miraron. Bodoni rara vez gritaba.
El hombre se levantó.

—Escuchad todos —dijo—. Tengo dinero suficiente para que uno de vosotros vaya en el cohete a Marte.
Todos se pusieron a gritar.

—¿Comprendéis? —preguntó—. Sólo *uno* de nosotros.
¿Quién?

—¡Yo, yo, yo! —gritaron los niños.
—Tú —dijo María.
—Tú —dijo Bodoni.

Todos callaron.

Los niños pensaron un poco.

—Que vaya Lorenzo..., es el mayor.
—Que vaya Miriam..., es una chica.

—Piensa en todo lo que verás —dijo María a Bodoni.
Pero sus ojos tenían una extraña expresión, su voz tembla-

ba—. Los meteoros, como peces. El Universo. La Luna. Debería ir alguien que luego pueda contarnos todo eso. Siempre tuviste facilidad de palabra.

—Tonterías. Tú también la tienes —objetó Bodoni.

Todos temblaban.

—Venid aquí —dijo Bodoni tristemente. De una escoba arrancó varias pajitas de distinta longitud—. La más corta, gana. —Mantuvo el puño cerrado—. Escoge.

Solemnemente, todos sacaron su pajita.

—Larga.

—Larga.

Otro:

—Larga.

Los niños habían terminado. La habitación estaba en silencio.

Quedaban dos pajitas. Bodoni sintió que el corazón le dolía en el pecho.

—Vamos, María —suspiró.

María tiró de la pajita.

—Corta —dijo.

—Ah —suspiró Lorenzo, mitad feliz, mitad triste—. Mamá va a Marte.

Bodoni trató de sonreír.

—Enhorabuena. Hoy mismo te compraré el pasaje.

—Espera, Fiorello...

—Puedes salir la semana próxima —murmuró él.

María miró los ojos tristes de los niños y las sonrisas bajo las narices largas y rectas. Devolvió la pajita lentamente a su marido.

—No puedo ir a Marte.

—¿Por qué no?

—Pronto llegará otro niño.

—¿Qué?

Ella no le miraba.

—No me conviene viajar en este estado.

Bodoni la tomó por el codo.

—¿Es verdad eso?

—Probad suerte otra vez.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —preguntó Bodoni, incrédulo.

—No me acordé.

—María, María... —suspiró, dándole palmaditas en la cara. Se volvió a los niños—: Empecemos de nuevo.

Paolo sacó inmediatamente la pajita corta.

—¡Voy a Marte! —gritó, dando saltos como un salvaje—. ¡Gracias, papá!

Los otros niños dieron un paso atrás.

—Eso es magnífico, Paolo.

Paolo dejó de sonreír y examinó detenidamente a sus padres, hermanos y hermanas.

—¿Puedo ir, no es cierto? —preguntó con incertidumbre.

—Sí.

—¿Y me seguiréis *queriendo* cuando regrese?

—Naturalmente.

Paolo estudió con mano temblorosa la preciosa pajita, la dejó caer meneando la cabeza.

—Había olvidado que empieza la escuela. No puedo ir. Sacad otra vez.

Pero ninguno quiso hacerlo. Una gran tristeza los envolvía.

—Ninguno de nosotros irá —dijo Lorenzo.

—Será lo mejor —dijo María.

—Bramante tenía razón —concluyó Bodoni.

Después de desayunar, Fiorello Bodoni se puso a trabajar en el depósito de chatarra, cortando el metal, fundiéndolo, vaciándolo en lingotes útiles. Sus herramientas se le rompían. La competencia le estaba arrastrando hacia la desgraciada orilla de la pobreza desde hacía veinte años. Aquella era una mala mañana.

Por la tarde entró un hombre en el depósito y llamó a Bodoni, que trabajaba en su máquina de trocear.

—Eh, Bodoni, tengo metal para ti.

—¿De qué se trata, señor Matthews? —preguntó Bodoni con indiferencia.

—Un cohete. ¿Qué hay de malo en ello? ¿No lo quieres?

—¡Sí, sí! —Tomó al hombre por el brazo y se detuvo perplejo.

—Claro que es sólo una maqueta —dijo Matthews—. Ya sabes. Cuando proyectan un cohete, construyen primero un modelo de aluminio, a tamaño natural. Puedes ganar algo fundiéndolo. Te lo dejaré por dos mil...

Bodoni dejó caer la mano.

—No tengo dinero.

—Lo siento. Pensé que podría ayudarte. La última vez me dijiste que todos los otros se llevaban la chatarra. Creí que yo te hacía un favor. Bueno...

—Necesito nuevas herramientas. He ahorrado para eso.

—Comprendo.

—Si compro el cohete, no podré fundirlo. Mi horno de aluminio se vino abajo la semana pasada.

—Ya lo sé.

—Posiblemente no podré utilizar el cohete si se lo compro a usted.

—Lo comprendo.

Bodoni parpadeó y cerró los ojos. Los abrió después y miró al señor Matthews.

—Pero soy un tonto. Sacaré mi dinero del banco y le compraré el cohete.

—Pero si no puedes fundirlo ahora...

—Mándemelo —dijo Bodoni.

—Conforme, si tu lo dices... ¿Esta noche?

—Esta noche —dijo Bodoni—, estaría muy bien. Sí, me gustaría tener el cohete esta noche.

Era noche de luna. El cohete se erguía blanco y enorme en el depósito. Tenía la blancura de la luna y la luz de las estrellas. Bodoni lo miraba con amor. Sentía deseos de abrazarlo, de oprimir la cara contra el metal y contarle todos los secretos de su corazón.

Lo miraba fijamente.

—Eres enteramente mío —decía—. Aunque nunca te muevas, ni escupas fuego, y te quedes ahí cincuenta años enmoheciéndote, eres mío.

El cohete tenía aroma de tiempo y de distancias. Caminar por dentro del cohete era como hacerlo por el interior de un reloj. Estaba acabado con una precisión suiza. Podría uno llevarlo como un dije en el bolsillo del chaleco. «Hasta podría dormir aquí esta noche», murmuró el exaltado Bodoni.

Se sentó en el asiento del piloto.

Movió una palanca.

Bodoni zumbó con la boca cerrada, entornando los ojos.

El zumbido se elevó de tono, se hizo más intenso, más elevado, más salvaje, más alegre, estremeciendo a Bodoni de pies a cabeza, inclinándolo hacia delante y tirando de él y de la nave en un crujiente silencio, en una especie de grito metálico, mientras sus manos volaban entre los controles y sus ojos cerrados le latían, y el sonido crecía y crecía hasta ser un fuego, un impulso, una fuerza tal que trataba de partirlo en dos. Lanzó un grito sofocado. Una vez y otra vez zumbaba, sin parar, porque no podía detenerse; sólo podía seguir, seguir, y él iba con los ojos cerrados y el corazón furioso.

—¡Despegamos! —gritó Bodoni con euforia—. ¡La enorme sacudida! ¡El trueno! ¡La Luna! —gritó con los ojos cerrados—. ¡Los meteoros! ¡La silenciosa precipitación en una luz volcánica! Marte. ¡Oh, Dios! ¡Marte! ¡Marte!